

**A Los Oscurantistas
De Nuestro Tiempo
(An die Dunkelmänner unserer Zeit)**

Alfred Rosenberg

**An die
Dunkelmänner
unserer Zeit**

**Eine Antwort
auf die Angriffe gegen den
„Mythos des 20. Jahrhunderts“**



Hoheneichen Verlag München

Alfred Rosenberg

**Biblioteca Weltanschauung NS
Libros Para Ser Libres**

Nota De Esta Edición: este es tan solo el Prefacio de la obra, la cual hasta donde sé, aun no posee una traducción integra al castellano. Poseo la versión en alemana y espero poder presentarla algún día.

Prólogo

Durante la difusión del “Mito del Siglo XX” han sido llevados en campaña contra esta obra innumerables artículos y escritos desde todas las posiciones.

Yo he guardado silencio hasta ahora ante estos ataques. Hallaba completamente natural que, tanto la Iglesia romana como también las confesiones protestantes, proclamasen que aquello, que en el “Mito” se había dicho, era imposible de conciliar con las confesiones (Bekenntnissen) oficiales actuales. Esto lo sabía yo interiormente y otorgué, naturalmente, a las Iglesias el derecho a defender sus posiciones y de este modo también atacar y rechazar mis exposiciones. He pasado por alto en el curso de los años, también, sobre todos los odiosos ataques personales y he renunciado en la coyuntura actual, llevar procesos. Yo mismo me he negado además, cuando, por ejemplo, había demostrado, a través del fiscal del Estado, el resultado intachable de una investigación, que un profesor católico había explicado en Breslau, ante una clase repleta de gente, que se debía quemar al autor del “Mito”. Mantener esta actitud se me ha hecho imposible, sin embargo, ahora, pues se han dispuesto en estos momentos a atacar también la seriedad científica de mi obra, para refutarme en este territorio y con ello intentar llevar a pique todo mi trabajo. Por esta razón, para la defensa de mi consideración objetiva, ha sido redactado el siguiente escrito. Quiero también remarcar aquí que esta desgraciadamente necesaria réplica no ha sido escrita en calidad de miembro del partido, sino en calidad de autor de la obra discutida, de este modo como persona que, sin embargo, verdad es que se ha visto obligada a defender su obra, la cual hoy, en una edición de unos 300.000 ejemplares se difunde, habiendo devenido ya para muchos millones un bien espiritual. La forma de los concentrados ataques y los sobrecogedores métodos me han forzado aquí y allá a ser también claro y mordaz, ya que, evidentemente, no tengo ningún motivo para tolerar arrogancias sin decir nada ni de mostrar a una soberbia y dada “erudición” un respeto, el cual, ciertamente, no se merece. Yo no tengo la intención, en

las siguientes respuestas, de tomar una posición ante todos aquellos panfletos que puedan venir después.

Espero que las siguientes páginas sean de utilidad para neutralizar el intento de oscurecimiento (Vernebelung) de los espíritus y tengo la firme convicción de que los viejos métodos usados ahora en vista del despertar del instinto y de la firme devenida conciencia de Alemania hayan malogrado su efecto para hoy y para siempre.

Berlín, en marzo 1935. A.R.

El pretendido nombramiento de Pedro

Toda la historia del Papado y todo gran discurso de un obispo empieza de acuerdo con Mateo 16.18, según el cual, Jesucristo habría encargado a Pedro desde ese instante fundar una Iglesia (Comunidad) y le habría prometido que las puertas del Infierno no la dominaría. Yo he declarado, en conformidad con los más famosos investigadores, que esto debía ser con toda seguridad un falso añadido. Ahora deseo, para moverme ya sólo sobre rigurosas sendas científicas, dejar hablar aquí a un historiador que, de ningún modo es sospechoso de ser nacionalsocialista y que por ello debería ser, ciertamente, uno de los más excelentes conocedores de la historia de la Iglesia romana: Johannes Haller, de Tubinga. En su nueva obra “El Papado”, vol. I, explica con todo deseable detalle, cómo permanece esta frase de Cristo como presunta. Expone firmemente que esta promesa, que a Pedro se le dará la piedra de la Iglesia, sólo podría haberse originado después de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. Todo el pasaje, que estaría expresado en el lenguaje de rabinos judíos, sólo podría haberse originado con la idea de que la piedra de la Iglesia resistirá las fuerzas de la nueva época, después de que se supiese que su opuesto, el Templo de Jerusalén, no había mostrado esta resistencia. Que el obrar de Pedro dentro de la Comunidad fue fuertemente discutido, está fuera de duda, así como que el legítimo partido de Pedro que quería ponerlo en el primer plano, habría inventado para ello este pasaje. Ello no fue reconocido por la totalidad de la Iglesia ¡y por ello mismo falta en todos los demás Evangelios! Por lo demás, Jesús denomina a Pedro pocos versos después explícitamente Satanás. Todo esto debería ser ya una prueba suficiente... No Roma, sino Jerusalén fue contemplada como cabeza de la Comunidad y Jacobo, el hermano de Jesús, como el natural jefe supremo. También del así llamado Pseudo-Clementino se desprende que este Pedro había estado subordinado a Jacobo como jefe supremo de la Comunidad. La posterior antigua Teología cristiana se resiste claramente por contra a otorgarle algunos privilegios a Pedro frente a los otros Apóstoles y explica que las llaves del cielo no serían su privilegio, sino el privilegio de la totalidad de la Iglesia. Esto lo

afirmaron a principios del siglo III tanto Tertuliano como Orígenes. Ciertamente así se relaciona con la leyenda, que Pedro había sido obispo de Roma. Haller examina todas estas historias y añade:

“Esto no tiene nada en común con la historia real. Quien examine sin prejuicios la más que escasa tradición, sabrá que Pedro no había sido Obispo de Roma. Él no pudo haberlo sido porque era un apóstol y el oficio de apóstol excluía el ejercicio del obispado, pues el obispo es el perpetuo dirigente de la Comunidad, mientras que el apóstol es un predicador errante.”

Haller señala firmemente también más adelante que no existe ni un documento, entre todos los que abunda de la mitad del siglo II, de la presencia de Pedro en Roma.

Haller cita numerosos apoyos a esta opinión y añade:

“Si se lee ahora que acaso algún escritor de la Roma imperial en dos pasajes hace la seca mención de Pedro como “uno de los discípulos”, de este modo no habrá más vacilaciones para afirmar que: a mediados del siglo II, por ende, alrededor de cuatro generaciones después de la muerte de Jesucristo, la comunidad romana no sabía que ella había sido fundada por Pedro y que su obispo por la herencia de este Apóstol recibía una preferencia en la comunidad eclesiástica.” Tan solo en los tiempos que vienen toman vuelo las leyendas que estarían hasta ahora compuestas con “fundamentos” históricos para fortalecer la autoridad de la comunidad romana en la Cristiandad. A todo ello hay que añadir que ya se habían repartido Pedro y Pablo su trabajo para que Pablo fuese a los paganos y Pedro, el Pescador, que a duras penas dominaba el indispensable griego, precisamente permaneciese en su casa en Jerusalén.

Con todas estas claras constataciones se hunde, sin embargo, la completa sucesión de linajes (genealogía) de papas, como si desde Pedro hubiese sido desempeñado el Obispado hasta el actual representante de Cristo, el Papa; fulminante es la prueba de Haller que ciertamente por el año 160 un escritor no romano se debió esforzar para construir una tal sucesión de linajes de papas. Y Haller concluye:

“Si un extraño tuviese que encargase de esta obra, comprobaría contundentemente qué poco se ha cuidado Roma por su propio pasado.”

Después de todo estos intentos comprensiblemente humanos se encontró a la leyenda luego también el necesario “lugar del entierro” y se guió a los turistas desde entonces a este “sagrado lugar”.

A principios del siglo III apareció luego fuera de Roma una novela religiosa sobre el presunto continuador de Pedro, Clemens, que narra cosas edificantes y de la cual Haller explica que sería en su “atrevida sandez” un testimonio elocuente para el gusto y el nivel espiritual de los círculos para

los cuales se habría originado. El éxito de esta poesía en el oeste del Imperio provocó, sin embargo, que fuesen concebidos sobre el nombre del héroe todavía más escritos. Más tarde fue traducida esta obra al latín y la Iglesia romana se enteró de este singular rodeo del hombre al cual debía contar como su primer obispo...

Luego, sobre esta leyenda se han originado más tarde los “fundamentos” de los derechos papales; los mitos y los cuentos fantásticos fueron desde entonces “testimonios históricos”, verdaderamente un código legislativo, a los cuales los siguientes obispos de Roma apelaban en sus enfrentamientos con los Kaisers y los Reyes. Ahora se marcará el ejercicio del dominio sacerdotal en un estadio agudo. Se afirmaba poseer un grado ilimitado de condonaciones de pecados (contra el cual, según Harnack, los tres más grandes teólogos, Hipólito, Tertuliano y Orígenes, protestaron), hasta que finalmente las comunidades litigantes manifestaron su amor mutuo en tumultos sangrientos, debiendo inmiscuirse el Estado. Todas estas cosas que la historia escrita romana ha suprimido y falseado y que falseará, se debe tener ante los ojos, porque de este modo caerá una significativa luz también sobre la totalidad de las otras exposiciones históricas. La ciencia y la historia han sido siempre utilizadas por los escritores romanos como medio para un determinado fin; todo, por ello, fue valorado según si podía engrandecer o empequeñecer el dominio de Roma. Sobre el fundamento de esta “piadosa” regulación han seguido luego todas las demás falsificaciones históricas, las cuales hoy se deben reconocer como tales, ciertamente, pero sobre las que menos se habla, porque la Iglesia, de este modo, estaría comprometida en su forma más sensible ante los ojos de los creyentes.

La lucha por el Antiguo Testamento.

Una posición semejante ocupan los “Estudios”, comprensiblemente, con todos los esfuerzos de naturaleza espiritual y religiosa, que en el transcurso de la historia de la vida del Estado se han desarrollado. Naturalmente lo habían hecho los cátaros, a los cuales asimismo yo me remití. Larga y extensamente se contará que aquí se ha tratado de una influencia persa la cual habría tenido todo origen en reprimir el Estado y la Iglesia. Aquí se sitúa súbitamente la Iglesia romana actual sobre el punto de vista de que este influjo oriental del Persia tardía debía producir un efecto corrosivo sobre Occidente.

Empero, con manos y pies defiende la totalidad del Judaísmo que, mucho más que la persa tardía, representa un alma oriental enemiga en su influjo milenario largo sobre Europa. Estos pasajes de defensa del Judaísmo son tan patéticos como las otras

omisiones. Se explica que a la “Sagrada Escritura” pertenece tanto el Nuevo como el

Antiguo Testamento. Y que si se tuviese que exigir desde un falso razonable anti-judaísmo un Cristianismo sin el Antiguo Testamento, se encontraría en la Iglesia una

“implacable enemiga”. Las Iglesias deberían explicar que ellas no podrían renunciar al Antiguo Testamento, sin abandonarse a ellas mismas. Se dice que a esto yo también debería corresponder y es cierto. Pues el Antiguo Testamento contiene exactamente, como el antiguo etrusco, los fundamentos de un inequívoco gobierno sacerdotal (Priesterherrschaft). El dominio de los sacerdotes sobre los pueblos es ya la característica propia de la esencia romana, y toda la así llamada alianza por parte de Jesucristo, todas las leyenda de mártires son aquí también sólo medios para un fin, para sujetar un séquito tranquilo y humilde a este gobierno sacerdotal para siempre y asegurarse sólo este occidental, demasiado occidental dominio. Si luego se explica que la persona del fundador estaría vinculada con el Antiguo Testamento, esto es el modo de ver de una pura naturaleza particular que de ninguna manera es obligatorio para un hombre europeo.

Este intento de representar en el Nuevo Testamento artificialmente la descendencia de Jesús, ha fracasado claramente, cuando ya los cuatro Evangelios contienen dos árboles genealógicos completamente diferentes de Jesucristo, esto habla ya por sí mismo, y luego se produce un efecto realmente cómico cuando los autores todavía hablan de los “hecho verdaderos (Irrtumlosigkeit) de la Sagrada Escritura”. Conmovedores son después las alusiones en las narraciones al Antiguo Testamento, según el cual se habría profetizado, dónde habría nacido Jesucristo, que él debería ver en Belén la luz del mundo, donde se debería saber que Jesús precisamente no había nacido en Belén sino en Nazaret y de la misma manera que los judíos devotos de Jerusalén siempre decían de Galilea, i.e., de “la comarca de los paganos”: “Qué puede venir de bueno de Nazaret”.

Más adelante se explica que, quien realmente crea en Dios, no debe escandalizarse porque este Dios se haya revelado a un pueblo de raza extranjera, porque este Dios del Antiguo Testamento sería precisamente, sin embargo, el verdadero Dios, sobre el cual no debe dudarse. ¡Por eso, naturalmente, no se tiene que discutir!. Si después se añade tan ingenuamente que la creencia en-un-solo-Dios representa uno de los bienes propios más valorados del Antiguo Testamento y de las marcas más infalibles para su origen sobrehumano, debe uno asombrarse todavía más. Todo hombre que sepa algo de historia de las religiones, le es por ello evidente que la creencia en-un-solo-Dios es de origen persa, que los judíos -y los otros linajes de Palestina- tenían su propio dios y que, cuando estuvieron bajo cautiverio persa, fue aquí cuando por primera vez oyeron

de un concepto de Dios cósmico. Para investigar en general la cuestión de la creencia en-un-solo-Dios se debe remontar a su propio origen y no a su falsificación judía. Si más adelante se presenta mi indicación, que Jahvé en el Antiguo Testamento, según se puede demostrar, había sido un instigador de mentira, engaño y asesinatos, como una terrible blasfemia a Dios, cuentan así los señores reveladoramente que no tienen del Antiguo Testamento ciertamente conocimiento alguno. Yo les ruego, para sus próximas ediciones de los “Estudios”, que reproduzcan toda la historia de los sucios métodos mercantiles (Geschäftsmethoden) del temeroso de Jahvé José en Egipto y quizás puedan llevar toda la cuestión de Jesús además a un conocimiento más cercano y, con ello, los alemanes puedan rendir cuentas, claramente, sobre el elogiado y dominante concepto de Dios del Antiguo Testamento. Si después todavía se explica que Israel nunca había reconocido la realidad de otros dioses, se debe ser remetido asimismo a la narración del Antiguo Testamento, según la cual, todo linaje tenía precisamente su propio Dios (Stammesgott) -véase el libro de Ruth I, 15,16- y que el dios del linaje sería proporcional a la grandeza del linaje que le había honrado y enaltecido. Si Lutero en su traducción, en el pasaje de los diversos nombre de los dioses, siempre pone el de Jahvé, es precisamente esto un error histórico que no tiene ninguna justificación para que quede en nuestro tiempo. Que los señores, los cuales aquí luchan por su fortaleza de Centro y por toda su existencia, expongan como totalmente deformada mi interpretación, se entiende completamente por sí mismo. Yo nunca he esperado otra cosa y tengo como antes la convicción de que el Jahvé eclesiástico está ciertamente hoy tan muerto como Wotan hace 1500 años.

Para la celebración del año nuevo de 1935 los obispos y cardenales de la Iglesia romana han pronunciado, lógicamente, su sermón de año nuevo. Un especialmente eminente cardenal, cuya actividad por el Centro ha llamado la atención desde hace años, ha explicado, con todo, que se ha emprendido en estos años un intento blasfemo por presentar el gran valor de la ley de Sinaí como innecesaria y no esencial. El señor cardenal tiene, en lo que concierne a lo más verídico, razón: pues lo que presuntamente debió haber sucedido en los desiertos sirios puede, quizás, interesar a los historiadores o a los mitólogos, mas no tiene nada que ver con la religión. Y si el egipcio Moisés allí a su muchedumbre abandonada, la cual había guiado desde le Valle del Nilo, dio una más o menos razonable Ley, si él a los judíos coaccionó para tomar algunas medidas higiénicas, esto puede ser de interés para la psicología de razas o de pueblos pero de ninguna manera tiene significado religioso para nosotros. Blasfemo es, en este contexto, no que yo la insignificancia de estas cosas explique, sino que blasfemo ha sido que se ose presentar todavía hoy a los pueblos europeos estas insignificantes narraciones judías como elementos religiosos. Este ya largo tiempo preludiado montaje en la consideración histórica y espiritual está

interiormente ya ampliamente consumado y ningún cardenal será capaz ya de detener las diferencias entre esencial y no esencial. Lagarde lo había dicho claramente en un ataque contra el protestantismo ortodoxo:

“No se equivocan en los círculos oficiales: la Biblia y el Cristianismo, el final del siglo XIX o con sus ojos y bajo aquellos los puntos de vista habituales se toman en consideración o no se tomarán.”

Con ello está toda la situación espiritual dibujada; lo que Lagarde del final del siglo XIX creía poder esperar ciertamente no se ha producido. Sin embargo, ha aparecido en el siglo XX con total claridad. Y cuando la Iglesia explica que ella sería la representante consciente del así llamado Antiguo Testamento como de libro sagrado, querría recomendar a los anónimos autores de los “Estudios” que leyeran trocitos del hoy muy, muy moderno y de enormes conocimientos Lagarde. En una polémica contra un panfletista judío de nombre Abraham Berliner Lagarde escribió que Edipo habría cargado con una culpa, que él la soportó y la expió, pues él había caído en los brazos de los dioses. Expió la culpa de tal manera que finalmente en tierra extranjera, un dios extranjero al huésped garantiza el suelo, el cual una tumba le otorga, pues un dios justo, su pena respeta. Lagarde añade: “Esta es la visión indogermana de la culpa, su pecado y su bendita realización.” Y continúa más adelante: “El hombre, que el señor Berliner llama Abraham, mintió antaño por cobardía, pues él en un justa autoevaluación tenía a los egipcios por antisemitas, porque los egipcios deberían serlo: él mintió al rey de los egipcios, haciendo que su esposa Sara fuese su hermana. “Dí que eres mi hermana: así me tratarán bien por la consideración que te tendrán y podré salvar la vida” (Génesis, 12-3). Cuando aquel rey esta hermana la deseó para casarse -y la habría obtenido-, puso en seguida al silencioso compañero de la Firma en actividad (con ello mienta Lagarde Jahvé, A.R.). El buen rey envió al cuñado, al que era la sagrada verdad, rebaños, esclavos y esclavas; el silencioso socio de la Firma castiga al rey por su adulterio, quien sólo la había deseado por culpa del piadoso patriarca. Y al final, Abraham, que posee los regalos de cuñado, será guiado por el presunto antisemita amistosamente fuera del país.

En el país de los filisteos Abraham, repitió esta escena. Allí interviene ya más fuerte en ejercicio el llegado amigo de los negocios. El príncipe de los filisteos paga por su para él inconsciente adulterio en efectivo y Abraham, el cual lo toma, ruega a su dios: que santifique al príncipe de los filisteos (Génesis, 20). El hijo de Abraham y Sara obró en Gerara como su padre en Egipto y como había obrado con Abimelech. Basta mencionar los hechos.

Ningún sentimiento de culpa en Abraham, ninguno en Isaac. Abraham por lo menos se quedó las ganancias de sus mentiras y engaños: el sentimiento de culpa permanece en aquellos que han sido mentidos y engañados, quienes también soportan los daños. Abraham sin embargo rogó por el

filisteo; digo que él rogó. Si por aquella época ya hubiese habido prensa topográfica, posiblemente que Abraham habría descrito a Abimelech “según su naturaleza” .

Si yo debiera elegir entre ambas cosmovisiones (Weltanschauungen), yo elegiría la posibilidad de encontrar mi tumba en el extranjero y en la humilde esperanza de devenir una bendición para aquellos que me admitan la visión indogermana y no envidiaría los rebaños, los siervos y las criadas y los miles de platinas a los semitas.” Se puede considerar el así llamado Antiguo Testamento como un interesante documento de la historia siria, ipero permanecerá inconcebible para todo hombre europeo sano que estos viejos métodos de rufianes judíos de los famosos patriarcas puedan ser interpretadas por nosotros como estímulos religiosos! Por eso es ciertamente blasfemo para nosotros que estos patriarcas, donde se prueba la transmisión hereditaria de rufianes de unos a otros, se presenten, por así decirlo, como precursores de una gran religión cristiana. Estas bobadas envenenadoras de pueblos deben de una vez por todas encontrar su fin.

Hace una impresión especialmente cómica si ahora, de repente, no se quiere admitir que, el así llamado Antiguo Testamento, hasta el día de hoy, ha sido presentado como un libro de ciencia natural. Sobre el principio de esta “ciencia” han sido proscritos los investigadores de la naturaleza, porque sus resultados no coincidían con las auténticas historias del Antiguo Testamento. ¡Y ahora se opina que la historia del diluvio y del arca de Noé, etc, no se habían de entender “en sentido propio”!. Recomendaría que esta constatación la diesen a conocer los maestros de religión enérgicamente, que explicasen que aquí se trata de un mito y no de un hecho histórico en el cual rígidamente se necesita creer. Me gustaría muchísimo ver cómo estos maestros de religión católica se asustarían, si tuviesen que contarle esto a sus escolares. Y si se explica que la Biblia no nos ha enseñado nada sobre el dónde del cielo y de la tierra, se debe admirar la altura de esta arrogancia en cierto modo, pues el credo cristiano se basa sobre esta aceptación bíblica de un bajar al Infierno y de un subir al Cielo. Encomendaría a los anónimos autores de los “Estudios” también a explicar que no era necesario tomar seriamente el credo de Nicea, sino que precisamente se debía considerar también como en “un sentido no propio” la concebida formulación como una referencia simbólica sin realidad física ni fisicalista. Creo que si los autores quisieran explicar esto, derribarían los fundamentos de su propia Iglesia, pues la creencia literal en la bajada en los Infiernos y en la Resurrección es ya la característica principal de la completa pseudoreligión del último milenio. La Resurrección es una afirmación esencial desde Pablo, es decir, desde aquel “apóstol” que Jesucristo no había visto nunca en toda su vida, del que supuestamente en Damasco tuvo una iluminación como muchos predicadores orientales y del que revistió la “buena nueva” del fundador del Cristianismo en su tipo

judaico y que aquí naturalmente se unió directamente a la teoría del chivo expiatorio del Antiguo Testamento, tal y como pertenece ella hoy al dogma fundamental tanto de la Iglesia romana como también de la protestante.